

LAS OTRAS AGRESIONES

ESTE verano ha sido especialmente sucio y turístico. El calor desmesurado incidiendo sobre las multitudes, el sudor goteando sobre los alimentos, el mal olor general penetrando las esencias del paisaje han constituido las notas características de un estio que pasará a la crónica negra del país. A estas alturas del siglo el asunto se está poniendo feo. Definitivamente ya no hay sitio para la gente fina. El hombre actual, si quiere sobrevivir, tiene que acostumbrarse a todo: a comer mal, a dormir peor por la noche, y a soportar al prójimo durante el día. Este verano ha sido muy agresivo. Desde luego resulta francamente desagradable que le arrojen a uno un cóctel Molotof mientras lleva los niños de paseo o el que te quemen vivo dentro de una librería. Estos son actos muy feos que están duramente castigados por la ley. Pero existe otra clase de agresión ciudadana para la que en este país existe una manga bastante ancha. Si un camarero te sirve una comida en estado de putrefacción, si un francés te pega un bolazo de petanca en la cabeza cuando tomas el sol en playa, si después de comer un helado entras en plena diarrea estival, si uno no puede bañarse en el mar porque el gentío lo ha convertido en un caldo contaminado, si las alcantarillas hieden a diablo podrido, si en las esquinas del camino florecen los cubos de basura, si el paisaje está destrozado por un edificio de apartamentos lleno de calzoncillos colgados, si el vecino te agrede la siesta con su televisor, si todo esto sucede, está claro que no puedes acogerte a la ley. Tu deber consiste en resistir como un legionario, como novio de la muerte. Y aguantar.

Creo que la civilización occidental va a perecer bajo un montón de desperdicios. Durante este verano que ha sido espantosamente caluroso, sucio y turístico, los primeros síntomas del colapso general ya se han hecho notar. La suave naturaleza de nuestros litorales, la armonía cosmológica de nuestro mar se ha visto brutalmente invadida por una caterva de bárbaros sudados y con taparrabos, grandes generadores de basura, que han dejado esta dulce ontología del paisaje hecha un asco. Definitivamente la gente fina ya no tiene sitio. Aquellos deliciosos agüistas de balneario con chaqueta de pijama y jipi-japa podrían ser los nuevos héroes del futuro, los que van a marcar la moda en los próximos años. Un novenario de baños, una excursión con bastón de empuñadura de plata a la fuente de la teja, partida de perejila a media tarde, cuchipanda de chocolate con anís. Y la playa que se la queden los franceses.

VICENT

